

1.^o

Martes

1892.—Se publica el primer número
de este periódico.

Para los forasteros, S. Bienvenido

El Bazar Murciano

EN MURCIA: Platería, 66 y 68.

CASA EN CARTAGENA: Mayor, 33

ECO DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE SU NOMBRE

DIRECTOR PROPIETARIO: Ricardo Blázquez

EL ARTICULO DE FONDO

Viene á mi casa mi amigo Ricardo Blázquez y me dice:

—Este año le toca á Vd. el artículo de fondo de EL BAZAR MURCIANO. Quiero que vaya Vd. el primero, llevando la bandera de la redacción.

—Bueno, hombre, la llevaré.

Y aquí me tienen ustedes, dispuesto á complacer á mi buen amigo Ricardo Blázquez, que viene á ser en el comercio, lo que yo soy en el periodismo, un veterano. Así nos llaman los que saben nuestros años y han visto lo que hemos trabajado cada uno en la esfera de su actividad.

Veteranos... y á mucha honra. Hemos militado con todos los que han salido á la palestra y se han propuesto hacer algo en favor de Murcia. La juventud de varias generaciones, nos ha tenido á su lado y hemos ido con ella á las fiestas y espectáculos, á los concursos literarios y artísticos, á los entierros de la sardina, á los festejos de Abril, á los repartos de juguetes, á las suscripciones populares, á todas partes donde hemos podido cooperar y empujar, con nuestro obolo ó nuestra actividad.

En este mismo periódico, vamos con los jóvenes, que en la actualidad brillan en la literatura murciana y vamos con otros veteranos, como nosotros, que han sido nuestros amables compañeros de campañas y fatigas. Esta bandera del BAZAR MURCIANO, que yo enarbolo, nos dá á todos su sombra protectora y nos une en los lazos de una amistad que es una santa fraternidad, un cariño desinteresado para Murcia y para todo lo murciano. ¡Lástima que vayan ocultando tan sensibles bajas! Ricardo Gil, Mariano Perni, Martínez Albacete, José Tolosa eran de los nuestros, de nuestra fé, de nuestros cariños, de nuestro murcianismo, cuyos puestos no los ha ocupado nadie todavía! Dedicuémosles este amistoso recuerdo desde el número del BAZAR MURCIANO de este año.

Y adelante! Tú, Ricardo, no envejeces. Al contrario, cada día pareces más joven. Estás más ágil. Tienes más tersa la cara y más fresco el cutis. Más alegre la mirada y más correcta la palabra. Es decir que tienes asegurada la vida por los años que necesitas para preparar á tu hijo, el aplicado y de gran talento, á que te suceda en el mostrador del Bazar, honrando tu clientela, tu honradez, tu finura, tu cortesía, tu amabilidad y tu vista.

Tú, lo vá á querer Dios, te vas á ver reproducido al frente de tu obra, siendo un gran abuelo, un abuelazo; en la plenitud de esa incomparable felicidad que la Providencia bendita concede á los viejos. Para estos efectos, también será para tí algo nieto este tu hijo literario, EL BAZAR MURCIANO, que juntos, lo sacamos de la nada.

Un día llegará, porque ha de llegar y por mi parte ni lo deseo, ni lo temo, en que este periódico, amigo Ricardo, lleve luto por nosotros. Por mi mucho

antes, que por tí. Al fin es nuestro hijo. Hijo bueno...

El fondo me ha salido un poco triste; pero á mí no me ha entristecido; lo que ha hecho es dejarme una sonrisa en los labios.

JOSÉ MARTINEZ TORNEL.

EN EL BAZAR

Entre los niños, yo soy un niño; tras sus cariños va mi cariño como un latido de noble amor; y es que la infancia dulce y serena es la promesa de un alma buena, es sin espinaa fragante flor.

Hay en los niños el tierno encanto de lo que es puro, de lo que es santo, de lo que siente y hace sentir; de lo inocente, de lo risueño, de lo que guarda, con lo pequeño, todo lo grande de un porvenir.

Con ellos juego, con ellos lloro, en su belleza rendido adoro, y, al contemplarlos con emoción, viendo sus frentes cual los jazmines, viendo sus rostros de querubines, vibra gozoso mi corazón.

En sus pupilas se copia el cielo, con sus sonrisas se ahuyenta el duelo que pone lutos en el hogar; y, cuando alegres corren y saltan, son pajarillos, sólo les faltan las firmes alas para volar.

Ellos inspiran mis pensamientos; á mis estrofas, como á mis cuentos, prestan perfumes y nitidez, que, en los instantes de horrible angustia la siempre viva que no se mustia es el recuerdo de la niñez.

II

Yo que idolatro la tierna infancia, yo que me embriago con la fragancia de los capullos por desplegar, con entusiasmo de pobre artista suelo mil veces pasar revista á los juguetes en el bazar.

Allí contempla mi afán profundo todas las cosas que hay en el mundo: con sus melenas está el león, con sus corcovas el dromedario, con sus campanas el campanario, y los palacios con la ambición.

Mintiendo temple de fino acero, suspira un sable por el guerrero que á las batallas lo ha de llevar, y, entre una trompa y una escopeta, luce sus galas, linda y coqueta, una muñeca que sabe hablar.

Tan diminuta como sencilla, muestra sus platos una vajilla á una gatita bella y gentil; las peonzas sueñan con locas danzas, y allí le cuentan sus esperanzas tres soldaditos á un tamboril.

Junto á damitas encopetadas, miro las blusas; veo las azadas, entre las joyas, limpias brillar; y, ante ese cuadro, mi afán profundo, se ensancha y goza fingiendo un mundo como el que al mundo brinda el bazar.

III

Cuando la tarde murió tranquila,

cuando en la torre vibró la esquila como una endecha de honrada fé, dócil al ruego de los cariños, tras la tandada de rubios niños en el soberbio bazar entré.

Ante los marcos de las vitrinas, con aletazos de golondrinas sus trajecitos ví revolotar; trajes tan blancos como sus dueños, trajes azules como los sueños que sólo el niño sabe soñar.

Niñas radiantes, niños hermosos, eran felices y eran dichosos; y era muy grato y halagador ver á los padres junto á los niños comprar juguetes, cambiar cariños y ofrecer besos llenos de amor.

Pálida y débil, con el encanto de la inocencia bañada en llanto, á una niña ví sollozar; era muy pobre la niña hermosa que contemplaba triste y llorosa los mil juguetes del gran bazar.

—¿Por qué sollozas, envidiosilla? ¿Lloras, acaso, pobre chiquilla, por un juguete que te agradó? — Y la niña, con eco blando, —¡Lloro por besos! — dijo llorando — y del soberbio bazar salió.

M. R. BLANCO BELMONTE

CANAS AL AIRE

Para petróleo, el de Gal, pues lo usan de polo á polo; Y para bazar modelo, el Bazar Murciano solo.

Más millones que consume de Europa la actual campaña, ganapor término medio Blázquez en una semana.

A cuantos ve por su puerta Ricardo, al Bomba imitando, les dá para que entren pronto los pases reglamentarios.

Canta el jilguero en el bosque, canta en la jaula el canario, canta la rana en la fuente y Blázquez canta en la mano.

El triunfo consigue Blázquez en cuantos asuntos trata, y aún hay gentes que aseguran que tiene muy mala pata.

De Ricardo la fortuna dá á la luna duelos hartos, pues él es rico, y la luna solo tiene cuatro cuartos.

Los grandes hombres del mundo me puse ayer á contar; pero no conté con Blázquez, y salió la cuenta mal.

CÁRLOS CANO.

SERVIDOR DE USTEDES

Aquí, en este magnífico BAZAR MURCIANO, me presentó el ilustre poeta Cano hace ahora doce meses, si mal no cuento, con unos versos dignos de su talento.

Por él supe que Blázquez —amigo mío desde entonces— persona de gran tronío, director era y dueño, por su valía, de ese Bazar, en donde de todo había.

Juguetes, tarjeteros, peines, jabones, perfumes, joyas, platos, dijes, bastones..... En fin, para que nada de menos se eche, ¡creo que hay hasta espárragos en escabeche!

Pues bien, desde estas playas del mar bravío hoy me dirijo á Blázquez, ya amigo mío, para felicitarle muy cordialmente y para otro asuntillo que es el siguiente:

Amigo don Ricardo; toda la Tierra se está en estos momentos armando en guerra, y ya, según poniéndose las cosas van, pronto, aquí, en la Montaña no va á haber pan.

Como hombre prevenido contra el presunto conflicto que se aboca, yo le pregunto: ¿Quiére usted darme en prueba de estimación, en su Bazar Murciano colocación?

Ahí, entre los juguetes, hágame un hueco para que yo le ocupe como muñeco, de arlequin con la ropa, por si consigo que alguna niña grande cargue conmigo.

JOSÉ ESTRAÑI.

RECUERDOS

Algunas veces, menos sin duda de las que desearíamos, tenemos que intervenir los padres en las diversiones y juegos de nuestros hijos. Todos hemos pasado por la infancia; de aquella edad venturosa alejada desgraciadamente del ahora, conservamos los recuerdos más distintos, impresiones que la memoria reconstituye, dándoles vida y color, igual que si en la realidad presente disfrutasen de existencia, una existencia que tiene refugio grato al calor de nuestro corazón.

Por lo mismo que la experiencia nos muestra la vida envuelta en un manto de pasionarias, amamos más los años infantiles. Hay en el sagrado de nuestra memoria recuerdos de ellos que conviene exhumar. Una cuenta donde pongamos en el debe las alegrías, los motivos de felicidad y en el haber las amarguras, sufrimientos y penalidades que son siempre compañeros inseparables del hombre, arrojará siempre un saldo á favor de éstas últimas y un déficit en la casilla correspondiente á las primeras: haciendo el balance de cuanto en la vida podamos haber disfrutado venturoso-

so, veremos que á la niñez corresponde la proporción mayor en la dicha.

Lo mismo el que desde una estrecha pobreza supo levantarse en el transcurso de los años hasta una posición de holgado bienestar, que aquel otro educado en la abundancia y la riqueza, recuerdan con animosa deleitación sus juegos de pequeño, en los que ya transparentaban la inclinación del espíritu hacia un camino determinado. Con los soldados, esos soldaditos de plomo apuestos, rígidos, marciales en su continente, se iniciaron en el amor á la carrera de las armas generaciones enteras de niños, que luego fueron militares pundonorosos, héroes algunos cuyos nombres perduran rodeados por el laurel de la gloria entre las páginas más bizarras de la historia nacional. Respirando el aire purísimo de las pinadas, haciendo embarcaciones de la roja corteza, rústicamente labradas por pequeño artista, mostraron otros sus aficiones náuticas, más tarde llevadas á la realidad. Pacientemente, los menos nerviosos, aptos desde bien temprano para un trabajo de inteligencia distrajeron los días de la infancia, levantando con pulidos trozos de madera fantásticos edificios y no pocos de ellos, pasaron después á la posteridad, inmortalizando su nombre por el arte. ¿Porqué negar que el recuerdo de nuestros juegos de niño, un recuerdo lleno de poesía, nos atrae poderosamente cuando ya somos mayores y el tiempo pasado sólo puede vivirse con la imaginación?

Hasta en la calle, algunas veces al pasar por esos grandes bazares abarrotados de juguetes—la golosina más grata cuando se era pequeño—hacemos alto en la marcha y contemplamos aquel arsenal de ingeniosas distracciones donde, de acuerdo con el gusto de la época, domina el juguete mecánico. Y como yo soy hombre de tradiciones y de recuerdos, no lo puedo remediar; en cada uno de esos bazares veo como surgir la figura de Ricardo Blázquez y un *Bazar Murciano* porque de su mano vinieron á la de mi padre, á las mias, los juguetes de aquel establecimiento de la calle de la Puxmarina y del de hoy los que proporcionaron las más puras satisfacciones á mis primeros hijos. Solo por esto, aun cuando por su perseverancia en el trabajo y sus grandes aptitudes mercantiles no las mereciera, Ricardo Blázquez contaría siempre con mi más verdadera y cariñosa estimación.

MIGUEL PEÑAFLO

DESDE EL MALECÓN

(INÉDITA)

LA VEGA

(Fragmento)

Es Murcia un edén de amores,
Con un suelo todo flores
y un ambiente todo luz,
no envidia mi patria amada
los cármes de Granada,
gala del suelo andaluz.

Como á ella, crúzala un río
que á veces con harto brío
rompe el cauce natural.
Si no arrastra arenas de oro,
merced á industrial moro
oro es todo su caudal.

Como ella, tiene una vega
que hasta el pie frondosa llega
de otro altivo Mulhacén;
que si no con hielo eterno,
España ostenta en invierno
canas las sienes también.

Y el copo de nieve pura
cuájase lento en la altura,
suspenseo el valle, al mirar,
sin que jamás á las flores
descienda de los alcores
su beso de muerte á dar.

Tierra es del alma querida.
En su vergel es la vida
un ensueño de placer;
que es el suelo dadivoso,
y el ambiente voluptuoso
y es hermosa la mujer.

Allí la tierra jugosa

del fértil seno rebosa
tanta sávia virginal,
que brota cuanto ella cria
con la opulencia bravía
de la flora tropical.

R. SÁNCHEZ MADRIGAL.

La Urdienca en estate-cuquis

Nosotros semos neutrales

Ar zagal de Antón Gurullos
se le ha güerto la chapeta
y pa metello en las Javias
no le farta una jelepa.
Tié el cerebro estroceao
con la custión de la guerra
y como tié pretinsiones
de escarcuñar mucho en letras,
siempre que vá á vender peros
á Murcia, güerve sin perras,
porque las gasta en papeles
y mapis-mundis que merca.

Su paere va ezaga e dalle
un tufe, pa echalle juea
la enza y el rebesino,
porque er zagal ramalea
y tié un arbullo que paice
que vá pa Legao d'Hacienda.

Esta mañana lo vide
dinde er quijero é la cieca
con tres ú cuatro zagales
y estaba iciendo:—«¡Releña!
pa mí quien gana es la Rusia,
porque si la Ingalaterra
le arrima el hombro y la Francia
sale á atajallos, no quea
un alemán con resuello
pa contárselo á su agüela.»

Yo les digo á mis zagales:
—«No meterus en monsergas
y ejar las repalandorias
der Gurullos, que es un cepa,
porque si er Perráneo sabe
que us vais pa un bando y le lleva
er cante ar gobernaor
y la implomacia se entera,
pué que se enrée la bilocha
abuá que España está quieta.

Ejar que ca uno s'aprete
er zaragüel como puea,
que cuando er llanqui nos trujo
la insolación de la guerra
to er mapa se hizo er mundío
y á nosotros... la puñema.

Y yo, como no esfiluso
er negocio, y no es concencia
que se mate á las presonas,
como á las ratas preversas,
echando juebo embreao
por cielo, por mar y tierra,
estoy po el *estate cuquis*,
como ice Blas Ferisneas,
y si por Churra me atizan
y por Casillas me arrean,
me haré jueerte en el azarbe
ú espicharé en mi pajera.

Juera de argün dequívoco,
pa mí la custión es esta:
Alemania es Monteagüo,
(lo esperfollo á mi manera);
Puente-Tocinos, el Austria;
Zarandona, Ingalaterra;
er Caezo y Maciascoque
son la Arsacia y la Lorena;
ande está Churra es la Francia,
y lo emás, como Nonduermas,
la Zacaya, er Javalí,
Zaraiche y Murcia mesma
son la Rusia, que es más grande
que tó el rolde de la Huerta.

Pos si el uno le arremete
por er Cañar del Visera
y en el cornijal del Cherro
la Flota le arrima yesca,
suerta juebo Covatillas
y le embisten las Boqueras,
dista los higos de pala
con Montagüo se entriegan.

Esto es si San Cayetano
es nutral, porque si allega
á un entente mentres jumo
con er *Ka-e-ser*, pa mí cuenta
que el ruso echará pa Churra,
y el inglés pa Santomera
y se remata pa in inséculis
la insurrección uroepa.

JOSÉ FRUTOS BAEZA.

LA GRAN SUERTE

Cuentan que Ricardo, un día,
tan comerciante se vió,
que arrogante así exclamó
con sin igual valentía:
—¡Vaya una sombra la mía!
yo con el destino juego,
agarro la suerte, y luego
de tenerla bien sujeta,
en busca de una peseta
seguro al azar me entrego.—

Y en su entusiasmo ferviente
cuando estas palabras dijo,
puso á estudiar á su hijo,
que es un muchacho excelente.
Notas de sobresaliente
obtiene el niño en su ardor,
y á pesar de que el candor
envuelve su vida entera,
se costea su carrera
con matrículas de honor.

Ya veis si eso es acertar
en los negocios del mundo
y si su ingenio fecundo
sabe entregarse al azar.
En prueba de ello, el BAZAR
que rige con firme mano
será siempre el soberano
por su inmensa resonancia,
y aumentará su importancia
en el comercio murciano.

ANDRÉS BLANCO y GARCIA

CARTA ABIERTA

Señor Don Ricardo Blázquez.
Mi amigo muy estimado:
Permita usted que en romance
—que es decir en ca ito llano—
llene ahora el sitio que usted
me señala en su anuario,
dejando la *prosa vil*
siquiera por este año,
pues para hablar del Bazar
y, como es justo, encomiarlo,
aunque no importe la forma,
me siento poeta, á ratos,—
que de locos y poetas
diz que todos tienen algo...
y en la falange actual
puedo ser uno de tantos.

Por noticias que á mí llegan,
y creo á puño cerrado,
sé que marcha viento en popa
ese gran Bazar Murciano,
al que usted con tino y celo
su existencia ha consagrado
hasta ponerlo á la altura
de los mejores del ramo.
Es justo que usted recoja
el fruto de su trabajo
y es justo también que yo
celebre ese resultado;
que por algo soy su amigo,
y, según dice el adagio,
«á los tuyos con razón
ó sin ella.» En este caso
es con razón sobradísima,
que usted, señor don Ricardo,
por mucha suerte que tenga,
la merece y la ha ganado.

Y no queriendo cansarle
ni abusar más del espacio,
pongo punto y me despido.
Queda suyo hasta otro año,
su amigo que bien le quiere
y que le estrecha la mano.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

Madrid, 1914.

FRENTE A LA GUERRA

Tras los bélicos conflictos
que en Europa son hoy ciertos,
¡Dios dé paz á los invictos
y á los muertos!

Mas ¿qué importan los cañones
á Ricardo Blázquez? Nada.
Aunque riñan las naciones,
no se enfada.

¿Hay quizás en Austria-Hungría
quien intrépido y gallardo
venda más bisutería
que Ricardo?

Inglaterra en sus bazares
de seguro que no expende
los juguetes que á millares
Blázquez vende.

¿Tiene acaso Rusia en venta
el jabón excepcional
que produce la opulenta
casa Gal?

¿Ha tenido el italiano,
ni en sus tiempos más fallaces,
un bazar como el *Murciano*?
¡Las narices!

Ni Alemania poderosa
le aventaja en el vender,
ni hay en Francia tanta cosa;
¡qué ha de haber!

Así Blázquez vé el humano
cataclismo friamente;
porque está el *Bazar Murciano*
floreciente.

Yo comprendo que haya guerra,
yá en la tierra, ya en el mar,
por ir á ver lo que encierra
tal bazar,

y aun comprendo que algún bando
ruso, inglés, francés ó chino
le haga versos á Ricardo
por lo fino;

mas que á impulsos irrisorios
de imperiales ambiciones
se conquisten territorios
por riñones

y que los beligerantes,
tras de haber dejado el fuego,
no hagan compras importantes
desde luego

en el gran BAZAR MURCIANO,
ni es moral, ni es decoroso,
ni es decente, ni es cristiano,
ni es honroso.

Soplan, sí, vientos de lucha;
mas Ricardo se consuela,
porque vé que tiene mucha
clientela.

Y acabado el guerrear
de unos y otros con furor,
¿no sabeis qué va á quedar?
¡Sólo Blázquez, sí, señor,
tan orondo en su Bazar!

JUAN PÉREZ ZÚNIGA

Madrid y Agosto de 1914

PEPITA ESCRIBIA...

A RICARDO BLÁZQUEZ

¿Lo quiere usted creer, amigo Ricardo? Hace unos minutos, Pepita, la monísima Pepita—una verdadera pepita de oro nativo—escribía sobre la mesa del comedor, y ¡qué cosas escribía! ¡Es increíble...!

Despacito, en letra inglesa de elegantes trazos, he visto surgir, al impulso de la mano de Pepita, sobre la blanca inmaculada de la página, lances trágicos de horror, de odio, de exterminio; escenas espeluznantes y sangrientas; toda la terrible corte que lleva tras sí, esa diosa cruel, de férreas uñas y ojos rayados de sangre, que se llama la Guerra.

¿Se asombra usted, verdad? Y bien, ¿quiere usted saber por qué Pepita, ese lindísimo «bebé» de siete primaveras—escribía tales horrores?

Verá usted: Pepita está de vacaciones veraniegas, y entre sus deberes, en estos días de estío, figura en primera línea, por orden de mamá, la media hora de escritura.

Como le decía á usted antes, el diablejo de la chiquilla, con los rizos rubios, muy rubios, en deliciosa anarquía, desgrefiados como los pétalos de un crisantemo, escribía hace unos minutos sobre la mesa del comedor, bajo la lámpara, su página obligada de letra inglesa.

Me he aproximado de puntillas y por encima de su cabeza he leído lo que decían aquellas esbeltas patas de mosca. ¡Santo Dios...! La niña copiaba al azar de un periódico cualquiera; y copiaba aquellas estupendas atrocidades retándolas antes en alta voz, muy formalita, con el dedo meñique muy tieso, cargado de sortijas...

Me quedé un punto pensativo, sin atreverme á interrumpirla. El rudo contraste de aquella niñita delicada como

una gota de rocío, barajando el odio, la sangre, la muerte, me afligió; mejor aún, me pareció sencillamente una profanación.

Le tomé amistosamente una mano, y le arrebaté el periódico con inquietud.

—Pepita—le dije—¿por qué copias esas cosas tan feas?

Pepita, asustada, levantó la cabeza, me miró y al reconocerme, ya tranquila, me sonrió con dulzura, con su clara sonrisa, capaz de tentar á las abejas, por lo dulce.

—¿Quieres escribir lo que yo te dicte, Pepita?—le dije.

—Con mucho gusto—contestó—ahora mismo...

—Pues escribe.

Y Pepita escribió con sus lindas patas de mosca: «La Bondad es una luz que vence las oscuridades del alma, como el sol las del mundo. Hay que ser bueno hasta por egoísmo, aunque el ser bueno sea cosa vieja; más viejo es un crepúsculo y todas las tardes desfilan por los cielos llevándose algo de nuestra alma... Las llagas de la humanidad debemos ocultarlas cuidadosamente á la infancia. A los niños hay que hacerles comprender y poner en práctica á toda hora la máxima de San Agustín: «Ama y haz lo que quieras».

«En las escuelas de Suiza y en las del Norte América se les prohíbe á los niños la lectura de las noticias de la guerra. En esas escuelas funcionan y se propagan cada día con mayor éxito las llamadas «Ligas de la Bondad» y «Bandas de la Piedad», que tienen por objeto desarrollar en el alma infantil el germen de bondad que en ellos dormita. Más de siete millones de niños y niñas han firmado el acta de compromiso que textualmente dice en su primer artículo: «Me comprometo por la presente, no solamente á ejercer la bondad con todas las criaturas vivas, sino á impedir que otro las atormente; así como á evitar por todos los medios, el perjuicio y el dolor de los seres que me rodean.»

«Mensualmente, profesoras y profesores, en combinación con los padres, otorgan recompensas y premios de todas clases á los pequeñuelos de las «Ligas de la Bondad» que más se han distinguido durante los treinta días; y á veces, cuando el servicio, la acción meritoria ó el sacrificio que el niño ha hecho tiene cierta importancia, la fotografía del bebé la publican los periódicos ilustrados».

—¿Tiene usted alguna fotografía de esas?—me dijo de repente Pepita, de-
jando de escribir, ya intrigada...

—¿Que si tengo...? ¡Por docenas! Yo te traeré esas Revistas ilustradas y te las regalaré...

—¿Y qué buenas acciones hacen esas niñas...?

—Muchas, Pepita, y muy fáciles y muy simpáticas...

—¿Podría yo hacerlas también?

—¡Ya lo creo que podrías! Mira; son por este estilo: Dar un beso á una niña mendiga; cuidar un animal enfermo; dar libertad á un pájaro; guiar en la calle á una persona ciega; salvar la vida á una planta enferma; compartir tu merienda con una niña pobre... y mil y mil más.

Pepita, amigo Ricardo, no dijo nada... Sin soltar la pluma, con el dedo meñique en alto y la mirada fija, quedóse largo rato absorta, pensando en todo aquello, mientras iluminaba su carita esa clara sonrisa de ángel, capaz de tentar á las abejas, por lo dulce...

ENRIQUE MARTÍ

UN BUEN CONSEJO

Voy á escribir unos versos, como hago todos los años, á mi buen amigo Blázquez, dueño del Bazar Murciano. No he de prodigarle elogios. ¡Debe estar de ellos cansado! Voy á darle un buen consejo que juzgo muy necesario. Realice las existencias,

*guárdese lo realizado,
que el guardar es conveniente
y en el guardar no hay engaño.
Venda solo bañadores,
muy cortos y muy baratos,
y ponga en un gran letrero:
«Comercio de laparrabos»,
pues tales riñen los tiempos
que va á ser preciso usarlos.
Europa está que echa chispas;
las naciones se alieron
para que siempre haya paz,
teniendo por resultado
que, sin mediar una ofensa,
van mediando cañonazos.
Los que ahora estamos tranquilos
seremos más tarde, pasto
de las naciones voraces
que se irán anexionando
á los pobres inocentes
que neutrales nos llamamos;
y será inútil chillar,
pues nadie nos hará caso.
Vea si mi consejo es bueno,
mi querido don Ricardo.
Cuando estemos sin camisa,
porque nos la hayan quitado,
podrá dar fácil salida
á todos los laparrabos.»*

VALENTÍN ARRONIZ

CANTARES A MEDIAS

ENTRE RICARDO Y YO

*Permita Dios que te cases,
niña de los ojos negros,
y que tengas más regalos
que estrellas hay en el cielo.*

*Si á mi me eligieran Papa,
al calendario añadiera
cuatro días más de Reyes
y dos meses más de feria.*

*La maldición que le echo
á aquel que me quiere mal:
que tenga hijos y los pase
por la puerta del Bazar.*

*Dos días hay en el año
que alumbran más que un mechero:
uno, la Virgen de feria
y otro, los Reyes de Enero.*

*A las dos de la mañana,
tengo lo que nadie tiene:
relojes que dan la hora
y un millón más de juguetes.*

*De tu ventana á la mía
me tirastes un limón
y rompiste tres muñecas,
dos lámparas y un tambor.*

*A la mar fui por naranjas,
cosa que la mar no tiene:
como si al Bazar Murciano
vinieras por salmonetes.*

*San Pedro, como era calvo,
le picaban los mosquitos;
¡ya se conoce que Gal
no vivió en aquellos siglos!*

*Cartagena, Cartagena,
bien te puedes alabar,
porque lo mismo que en Murcia,
tiene ahí Ricardo un Bazar.*

Por los primeros versos

P. JARA CARRILLO

A LA PUERTA DEL BAZAR

Quando Murcia llegue á la plenitud de su perfección urbana, el Bazar seguirá en la misma esquina de Joufré ocupando el piso bajo de un ingente rascacielos. Si pueden alcanzar el goce de tanta ventura algunos individuos á quienes la Platería asfixia por su estrechez, les doy albricias adelantadas; pero no podrán ellos.

Para entonces habré conseguido del Eterno mi licencia absoluta; de esto me congratulo mucho más. Vería con sentimiento, atisbando la acera de enfrente una lejana perspectiva: el convento de las Claras, - que cada persona era un átomo de caos ó de torbellino. Mientras que ahora, en esta fachada hospitalaria del Bazar, á la cual se acogen tertulias de viejos empeñados en aburrirse mutuamente con la mayor formalidad del mundo; ante la cual sientan sus reales, pandillas de gnomos, con objeto de ir soltando á las mu-

chachas piropos que, si bien son mal intencionados algunas veces, suelen otras carecer de gracia en absoluto, - se agradecen, sin embargo: mientras que ahora, digo, yo también ocupo mi puesto en el agradable observatorio cuando de tales viejos y de tales jóvenes se ven libres los alledaños del Bazar; y en vez de invocar al número del aburrimiento ó al de la galantería, me entretengo en divagar sobre motivos de algo que pase por allí; ya pesimista, ya optimista, según que barrunte el Zaragozano nube seca ó cielo azul.

Bien es verdad que no me considero con fuerzas para escalar las altas esferas pitagóricas, y estudio las evoluciones de la gente según se manifiestan en este valle de lágrimas á los ojos menos avisados. A mí me aturde pensar que el porvenir se nos presente de espaldas y no dé la cara hasta después de convertirse en pasado; nadie sabe del día de mañana y todos relatamos con pelos y señales lo que ayer nos aconteció. Al contrario, mirando por ejemplo una muchacha que viene, - desde San Bartolomé - así que voy columbrándola, ya empiezo el inventario de sus gracias: cuando ha pasado - hacia las Cuatro Esquinas - veo el reverso de su persona con la satisfacción de un todo que se integra: de un suspiro que queria salir y sale; de una circunferencia que, para serlo, se debía cerrar, y se cierra.

Según esta teoría del número, confirmada por sucesivas y variadas experiencias, á la idea de que nuestra calle se trocará un día en inmenso boulevard de ambiente cosmopolita, casi se me han saltado las lágrimas; porque si tal ocurre, estas leyes de armonía universal que he formulado viendo pasar á una muchacha, van á sufrir una tremenda perturbación.

Ya nadie acordará sus pasos, sus palabras, sus miradas, al ritmo de los pasos, palabras y miradas de los demás... En mi fantasía de provinciano pobre de espíritu, presiento que el que lleva la batuta suprema, dará otro golpe en el atril, como que Murcia es un nuevo músico fuera de compás...

Y cuando la Luna salga por encima de la calle de San Cristóbal y, haciendo un guiño amistoso, dé citas como ahora, para en cenando, más allá de la Sartén, el Malecón será un recuerdo; y en su lugar tal vez, irá la sierpe de una máxima cloaca por donde la urbe vierta un alud de asquerosas superfluidades...

¡Qué papel más triste hareis en las bibliotecas, oh altísimo Platón, oh divino Alighieri, oh Judas Abarbanell!

JOSÉ BALLESTER

¡SEAMOS NIÑOS!...

(RECUERDO DEL BAZAR MURCIANO)

Generosa, sencilla, adorable, amorosa, divina mujer: yo no tengo palacios ni joyas de valor, que poderte ofrecer.

Tú quisiste, en lugar de ser rica, con tus besos matar mi dolor. Para hacerte el honor que mereces sólo tengo un tesoro de amor.

Y este amor que te aparta del lujo que tenías derecho á gozar quiere hacerte feliz y dichosa como nunca pudiste soñar.

Yo poseo un antídoto mágico que ha guardado mi amor para tí. El curó las heridas profundas que una pena cruel hizo en mí.

Medicina invisible, secreta, cuyo extraño y seguro poder en las almas cansadas ó tristes la alegría consigue poner.

El efecto del raro específico en volver á ser niños está; en volver á gozar la ventura de la alegre niñez que se vá.

¿Quieres ser como yo de dichosa? ¿Quieres ser de feliz como yo? Pues añiña el espíritu un poco y vivamos la edad que pasó

No tomemos en serio la vida. Nuestro sino es jugar y reír,

pues la vida es un bello juguete. Nuestro juego es amar y vivir.

Si tú quieres seguir mi camino, andaremos el tiempo hacia atrás. Soñaremos despiertos, pensando que el encanto no acaba jamás.

Resucita el pasado. ¿Recuerdas cuando juntos los dos, una vez, al Murciano Bazar, que era entonces el palacio de nuestra niñez,

acudimos, juguetes buscando? Nuestros padres estaban allí. Yo dejé á tu elección mis juguetes y los tuyos después elegí.

Nuestros padres reían al vernos. Germinaba quizás el amor en nosotros. Tenían tus ojos luminosos, un vivo temblor.

Entre tanta muñeca preciosa resaltaba con aire triunfal la esbeltez de tu cuerpo de nieve y tu cándida faz virginal.

Era noche de Feria. ¿Recuerdas? Atraída por yo no sé qué misterioso incentivo, la gente invadiendo el Bazar Juego fué.

Vino el dueño - simpático, amable - ¿Sois amigos tal vez? - preguntó. - Es mi novio - dijiste - y tu rostro de un intenso carmín se cubrió.

Seamos niños de nuevo. Si quieres otra vez esperar y reír, has de andar hácia atrás el camino de la vida. Soñar es vivir.

Yo en las horas de amarga congoja, en mis días de horrible dolor, busco aquellos juguetes benditos, y ellos son mi consuelo mejor...

ENRIQUE SORIANO.

Agosto 1914

MADRIGAL

—Mira que no soy rosa; -le decía mi niña, ayer á cierta mariposa, que á sus frescas mejillas revoltosa, el caprichoso vuelo dirigía. —Ni soy clavel tampoco; -le advertía á una abeja más tarde, que afanosa de sus labios purpúreos codiciosa ia delicada miel libar quería. —Mientes! - con voz cual nunca enamorada le replicó mi amor; - mientes, y advierto que estás de tus encantos olvidada. Mariposa y abeja ven lo cierto: que es tu mejilla rosa perfumada y es tu boca el clavel mejor del huerto.

FRANCISCO ARRONIZ.

Cartagena.

SEÑORAS Y CABALLEROS...

Yo, el dependiente - más modesto de la casa, me atrevo á llamar la atención de ustedes para recomendarles uno de los productos más exquisitos de la famosa Perfumería Gal, el Jabón de Heno de Pravia, que ha resuelto todos los problemas de tocador que afectan á ese artículo. Y lo recomiendo, porque tengo la convicción de que los que no lo hayan usado todavía cuando lo usen y experimenten sus maravillosos resultados, me lo han de agradecer. El Jabón de Heno de Pravia, limpia, purifica, suaviza y perfuma de una manera notable y extraña, que podría llamarse «profunda» porque no son sus efectos superficiales y pasajeros, sino que se adhieren y se difunden en la piel, de tal modo, que las manos parecen todo el día de sacerdote que ha dicho la primera misa.

EL JABÓN DE HENO DE PRAVIA en una batalla, sin ruido y sin fuego, sin derramar ni una gota de sangre, ha vencido á todos los jabones del mundo, porque no es un producto de alquimia, ni una combinación química, sino una hermosura de Dios, una primicia de la naturaleza recogida en la primavera, cuando los perfumes se inician, en los henos de los templados valles de la arcádica Pravia. De allí, se extrae el jugo, la sustancia, el «quid» de este imponderable Jabón, que honra á la casa Gal, al Bazar Murciano, y á este modesto dependiente, que tiene el honor de recomendarlo á ustedes, señoras y caballeros...

EL APRENDIZ

DEVOTO DE SAN ROQUE

Hablar tanto del Bazar Murciano, de las magníficas porcelanas abarrotadas en sus almacenes, de las diminutas figuras casi parlantes, de la encantadora juguetería mecánica, de las muñecas y de los jabones, es una solemnisma cursilería todo lo pedante y boba que ustedes puedan imaginarse.

¿Qué es lo que tiene este Bazar para tanto bombo y trompetería tanta?

¿Será la calidad, el lujo ó la fantasía de los artículos? No.

¿Será, acaso, la admirable presentación en vitrinas y escaparates? Tampoco.

¿Será, por ventura, la economía en los precios? De ningún modo.

Lo que se vende en el Bazar Murciano está, quizá mas barato, en doscientos Bazares á los que todavía no han dedicado los prosistas ni una sola de sus divagaciones literarias, ni los poetas una sola de sus rimas sentimentales y melancólicas.

Abajo, por tanto, los lirismos; fuera esa reincidencia machacona de todos los años cantando á las *figulinas*, á las *muñequinas* y á los *esencieros*; abramos las puertas de la franqueza y confesemos de plano que todas las excelencias de este Bazar, que nada tiene de empirio ni de prodigio, están sintetizadas en el dueño; en Ricardo Blázquez.

Ese, ese es el secreto misterioso del Bazar Murciano; ese hombre cojo, deforme, cabezota, feo en una palabra, pero cuya complicada psicología hace pensar en las alquimias empíricas de un laboratorio donde se depura la quinta esencia de la simpatía y se escancia el incomparable elixir de la sugestión.

Ese, ese es el misterio del Bazar Murciano: su dueño; ese Ricardo Blázquez sugestivo, atrayente, desprendido, simpático, generoso, agradable, insinuante, cariñoso, afable, acariciador, subyugante, cuya alma bondadosa flotando á través del ambiente comercial, ha impreso en todo un sello inalterable de cariño y de amistad.

Y no ignoramos que se inspira en las fuentes de la cuquería y de la trapisonada; que maneja como nadie el argot de la gramática parda, y que sabe llevar el agua á blancos y azules, nobles y plebeyos; pero se pasa por la puerta, se entra instintivamente y se compran las cosas porque quiere Ricardo, se pagan á como quiere Ricardo y queda uno convencido de que no hay otro en Murcia como el Bazar de Ricardo.

Y conste que no hay recámara ni entresijos; es diáfano, transparente, tan difícilmente superable en nobleza que en ocasiones parece caer de un nido, resultando luego solo un fascinante efecto de espejismo.

Yo he querido muchas veces estudiar su complicada psicología; he sondeado á través de los repliegues de su espíritu y allí encontré la preponderancia de su Bazar. Triunfa el Bazar, porque es de Ricardo Blázquez.

No es competencia comercial; es cuestión de simpatías.

Un solo enigma encontré en él que jamás ha querido descifrarme: ¿Por qué es devoto de San Roque?

LISARDO.

DE FIESTA

Oye; ven aquí, mi encanto,
y siéntate en mi rodilla.
¿Qué dices? ¿Que hoy es tu santo?
Pues tienes razón, chiquilla.

Y debemos celebrar
el día de buena gana
y hasta, si es posible, echar
la casa por la ventana.

Aunque á viejos caminamos,
ahuyentemos los disgustos,
pues si entre los dos contamos
cuarenta y seis años justos,

se reparten todos los
que fuimos dejando atrás...

¡Como que tú tienes dos
y yo tengo los demás!

En fin, á pasarlo bien,
ya que nada nos inquieta.
A tu hermana que la den
una ración más de teta,

y tú... toma, ven acá,
que ante tus mimos sucumbo;
dá esta peseta á mamá
y á gastarla... ¡Viva el rumbo!

¿Que es mucho? Tu labio sella,
que el mundo al placer convida.
Que traigan una botella
de agua de Seltz en seguida,

Y que te den más ración,
aunque me cuesta un sentido,
de la famosa Emulsión
Scott, que te hemos traído.

¿Que como no sabe á mieles
pasas con ella un mal rato?
Pero, en cambio, en los papeles
quizás salga tu retrato

junto á otros cien chiquitines
gordos y hechos una alhaja,
que parecen serafines...
inflados con una paja.

Quiero verte gordinflona
—por eso á todo me allano—
lo mismo que una pepona
de esas del BAZAR MURCIANO

Con vosotras y mamá
celebraremos el día.
¡Cuatro reales! ¡Lo que dá,
muchacha, la poesía!

La pluma es una bicoca,
pero, hija, si alguna vez
deseas ser rica, toca
no la tira; ¡el almirez!

Y ahora, goza á tu manera,
sin hacer del mundo caso.
Y dá un beso á la niñera,
que... yo... ¡mis ganas me paso!

JOSÉ RODAO.

Segovia.-1914.

EL CABALLO DE CARTÓN

Este que veis al entrar
por las puertas del BAZAR,
potro fino, noble y gordo,
buena alzada, pelo tordo
y gallardía al trotar,

el bruto es de mejor suerte
de todos los de su raza,
pues siempre nutrido y fuerte,
no vendrá á encontrar la muerte
en la arena de la Plaza.

Aunque no corrió en los prados
ni holgó en las verdes dehesas
se vió lejos de mercados,
de rudas manos aviesas
y de trabajos forzados.

No arrastró los camiones,
no ha conocido la tralla
ni los férreos espolones,
ni tiró de los arzones
en los campos de batalla.

No resistió lances fieros
que le impuso su destino,
no sostuvo á caballeros
ni sufrió los aguaceros
á lo largo del camino.

Nació libre y no obedece,
y á más de que no padece
hambre, fatiga ni estrago,
vino á un Bazar que parece
el Emporio de Cartago;

donde luce su arrogancia
en una espléndida estancia
y entre el lujo de la tienda
sin que haya en su vigilancia
quien le tire de la rienda.

El presencia indiferente
el desfile de la gente,
puesto tan solo su afán
en ser de algún inocente
con sueños de capitán,

que lo monte con orgullo,
que lo trate con cariño
y que con mimoso arrullo
estribe en llamarle suyo
toda su ilusión de niño.

Y al ver con honda emoción

esta infantil efusión,
se sentirá otro Babieca.
é hinchará el gozo su hueca,
tierna entraña de cartón.

En su estatuaria actitud
entre grotesca y severa,
á ningún grito se altera
fijo el casco en su quietud
sobre ruedas de madera.

En hipódromo el hogar
convierten con gresca loca
nuestros hijos al jugar
con el dócil ejemplar
que al buen Clavileño evoca.

Y con su ingenua alegría
que exalta la fantasía,
nos hacen ver á su paso
sus risas, que son poesía,
que el corcel que el niño guía
es un divino Pegaso.

ANDRÉS SOBEJANO.

Agosto 914.

IVAYA CALORI

Son las tres de la tarde, Julio, Castilla;
Madrid está que arde como Sevilla
y yo, casi extinguido por los calores
(que han llegado á la cima de sus rigores)
en una mecedora yazgo abrumado
y un botijo que suda, tengo á mi lado.
De pronto suena un timbre.

—¿Será el casero?
me pregunto alarmado—¡No! es el cartero.
Me traen una carta, tiendo la mano
y veo este membrete: *Bazar Murciano*.
¡Oh! Blázquez, caro amigo; tan diligente,
tan leal, tan activo, tan consecuente!
Como todos los años en mí confía
porque no ha de faltarme mi *poesía*.
Mas ¿quién bajo el influjo de estos calores
(que han llegado á la cima de sus rigores)
en este mes de Julio puede siquiera
extraer cuatro versos de su mollera?
¡Por Dios! ¡Si es imposible! Yo me resisto;
¡ten compasión, Ricardo, por Jesucristo!
Hará calor en Murcia, yo no lo dudo;
pero juzgando ahora por lo que sudo,
asegurarte puedo que el que se siente
en Madrid, estos días, es imponente.
Ocuparme quisiera como es debido
de tu BAZAR MURCIANO tan conocido.
En él todos sabemos que hay bellas cosas
y algunas, más que bellas, son primorosas;
pero sólo hablar puedo de las *fresqueras*
y de las *heladoras garrapiñeras*.
En esos artefactos tan admirables
que son en estos días indispensables,
pongo mi pensamiento, por si consigo
que las rebeldes Musas sean conmigo.
Mas sin duda se han ido volando al Polo
y en este duro trance me dejan solo.
Por eso es tan pedestre mi *poesía*
y temo no te guste. ¡Lo sentiría!
Pero, en fin, si te enfadas, algo me pesco.
si logro que me envíes con viento fresco.

MANUEL LASSA.

Madrid, canícula de 1914.

UN SECRETO DE BLÁZQUEZ

Si voy al Bazar Murciano
ya de día, ya de noche,
ya en invierno, ya en verano,
ya en automóvil, ya en coche,

una cosa me tortura,
un asunto me sofoca,
y es ver tanta criatura
ya de cartón, ya de roca,

con espléndido cabello
que baja en ondas ligeras
por los brazos, por el cuello,
por la espalda y las caderas,

y no poder descifrar
ese misterio, ese arcano
que Blázquez quiere guardar
dentro del BAZAR MURCIANO.

¿Por qué esas crenchas gentiles
de lindo cabello espeso
que siempre piden á miles
un beso tras otro beso?

Por el mágico tesoro
de esas pequeñas sirenas
darían plata y aún oro
las rubias y las morenas.

Lo que parece un arcano,
es cosa muy natural:
Blázquez, por su propia mano,
les echa Petróleo Gal.

JESÚS CARRILLO

Cartagena, 1914.

ORIENTAL
(Ó LO QUE SEA)

«Zoraida de mis antojos,
la de la tostada tez,
nariz griega y labios rojos,
mirarte quieren mis ojos
asomada á tu ajimez.

Conocerte y adorarte
lo mismo fué, mora bella,
déjame, pues, contemplarte
para que pueda cantarte
mi enamorada querella.

Soy cristiano trovador
de la belleza cantor
y cantar la tuya ansío,
que en las redes de tu amor
prisionero estoy, bien mío.

Zoraida: atiende amorosa
mi súplica clamorosa
y, olvidando tu esquivéz,
pronta, risueña y hermosa
aparece en tu ajimez.

Si tu silencio sostienes
y tu desdenes mantienes
ambos muerte me darán,
que á mi corazón están
azotando tus desdenes.»

- Tan plañidera canción
obtuvo contestación
de Zoraida que, remisa,
desde su ajimez, sumisa,
dijo con cierta emoción:

«Bien quisiera por Alá
de amor rendir el tributo
á mi cantor, pero ¡cál!
me lo impide mi papá,
y tengo un papá muy bruto!»

En este instante el cristiano
contrariado, como es llano,
enfurecido y con ceño
partió hácia el BAZAR MURCIANO
y contó tal lance al dueño.

JULIO HERNÁNDEZ.

PARA EL BAZAR MURCIANO

(Recorte inédito de la zarzuela murciana

«Los Huertanos»)

CUADRO CUARTO

Coro—Nenica, mi nenica,
vamos al monte,
que ya la luz del alba
dora las torres.
¡Vamos, zagala,
que se llevan la Virgen
de la Fuensanta!

Las campanas al aire
lanzan sus ecos
y se escuchan los cantos
de los romeros.
Ya se la llevan!
Ya, camino del monte,
cruza la cuesta!

En la sierra vecina
y entre olivares
se levanta la ermita
de nuestra Madre.
¡Vamos al monte,
que ya la luz del Alba
dora las torres!
(Sigue la orquesta.)

ANTONIO OSETE

DE LEJOS

Quisiera á Murcia cantar
como Murcia se merece
y la esbeltez celebrar
de su Torre, que parece
ara do el sol va á oficiar
cuando en Oriente aparece.

De sus valles y laderas
encomiar los arreboles,
sus gayas enredaderas,
sus altivos girasoles
y de sus reales palmeras
los sublimes quitasoles.

Y al loar el puro brillo
de su cielo soberano,
decir en tono sencillo,
ya que de artista me ufano:
¡Vivan Selgas y Salcillo!
¡Y viva el «Bazar Murciano»!

JUAN F. HERNANDO.

Madrid.

Tip. de «El Tiempo», Polo de Medina